

Hernán Díaz Arrieta. Alone
1891-1984

FIDEL ARANEDA BRAVO 1906-92

RcF 0600

Hernán Díaz Arrieta, Alone, nació en Santiago el 11 de mayo de 1891. El centenario de este acontecimiento ha sido celebrado este año como merece un escritor que dio gloria y prestigio a su patria.

La Academia Chilena de la Lengua, a la que Alone perteneció, no podía callar ante tan notable suceso. Hoy en la última sesión del año de su centenario, el académico que presentó el nombre de Alone para ser elegido individuo de número de la Corporación, quiere evocar la memoria de quien permanecerá siempre en la primera línea de nuestra literatura y la hispanoamericana, en este siglo que vive sus últimos años.

Ningún escritor de su tiempo tenía mejor derecho que Hernán Díaz Arrieta para ocupar un sillón entre los cultores del idioma español. En 1949 Alone era el crítico con mayor autoridad en las letras nacionales.

I. Muy joven se inició en la escritura como secretario de redacción del diario "La Unión" de Santiago de donde fue exonerado. Su predilección era la crítica literaria y en 1921 encontró cátedra en "La Nación" fundada por otro académico nuestro, Eliodoro Yáñez. El diario en poco tiempo adquirió prestigio y fue una verdadera escuela donde se formaron numerosos periodistas y escritores que después tendrían fama de diaristas y maestros de la novela, del cuento y la crítica. En sus columnas escribió Alone sus primeros comentarios de libros, que después de pensarlo mucho tituló "Crónica Literaria", "con santo temor a la palabra crítica", según confesaba él mismo. Tenía treinta años, y se erigió en el más exigente crítico literario, labor que continuó en "El Mercurio" y "Zig-Zag".

II. Sus primeros libros fueron "Prosa y Verso" (1909), en unión con su amigo Jorge Hübner Bezanilla, cuya poesía admiraba. En 1915 a los 24 años publicó su única novela, "La Sombra Inquieta", inspirada en el amor platónico a Mariana Cox de Stuken, literariamente conocida con el pseudónimo de Shade; ella fue quien le insinuó que firmara sus producciones con el pseudónimo de "Alone". A pesar de sus cortos años se vislumbraban en esta obra las condiciones del escritor auténtico y

refinado, sin caer en lo melindroso, ni en el amaneramiento. Las certeras observaciones psicológicas de tipos y costumbres de la sociedad chilena de esa época, concuerdan con la belleza de la forma en la cual se trasunta la sensibilidad del autor.

Alone, el solitario, prefería el aislamiento, siempre que hubiera alguien con quien conversar. Optó por este pseudónimo con el fin de realizar su tarea crítica con independencia y absoluta libertad para prescindir de empeños e intercesores.

Conocí a Alone tres años después que comenzó su labor de crítico literario de "La Nación". Un día llegué a la oficina de la Dirección del Registro Civil, antigua casona "medio sevillana y medio colonial", según decía Emilio Rodríguez Mendoza, ubicada en la Alameda de las Delicias al llegar a Estado, donde se reunía el recién creado Ateneo de Santiago (1899), obra de Samuel A. Lillo, donde después se fundó el Liceo N° 3 de niñas. Allí me acerqué al crítico con la timidez propia del joven que no cumplía 18 años; le entregué un folleto pedestre, entonces y hoy, "Los Presidentes Constitucionales de Chile", escrito a los quince años, en agosto de 1921, para obsequiarlo a mi madre el día de su onomástico; era en ese tiempo alumno de Historia de Gabriel Amunátegui Jordán en el Liceo José V. Lastarria. Alone me recibió con su habitual señorío, le pedí que diera su opinión sobre el engendro. Unos dos domingos después, asombrado leí en la "Crónica Literaria" de "La Nación" esta "breve" nota del crítico: "Este joven, muy joven, tendrá diez y seis años, ha de llegar a ser sin duda un D. Diego Barros Arana, por la forma como empieza, a la edad en que todos se entretienen escribiendo versos sentimentales o revolucionarios, él se divierte haciendo biografías breves, útiles y muy claras de todos los presidentes que han gobernado en Chile desde 1831 hasta la fecha".

La crítica de Alone significó para mí algo más honroso que el título, entonces llamado, bachiller en humanidades, y el autor pasó a ser uno de mis mejores maestros de literatura; las críticas a mis obras posteriores fueron siempre alentadoras, salvo una que publicó sobre el opúsculo en cuyas páginas estudió brevemente la labor del historiador Ramón Sotomayor Valdés, que leí en el Ateneo de Lillo en el homenaje rendido al historiógrafo con motivo del centenario de su nacimiento. Alone lo califica como "una biografía correcta, un buen trabajo, sacado de otros trabajos mejores, como el espléndido del doctor Augusto Orrego Luco sobre el mismo personaje, algo así como la presentación de un alumno aventajado en Academia estudiantil". El crítico acertó en parte: el doctor Orrego Luco había leído y revisado el discurso del joven de 23 años para el cual el doctor había proporcionado datos, él era muy amigo de Sotomayor Valdés y lo había sucedido en la Academia, pero mi trabajo no era "sacado" del suyo, don Augusto no lo habría permitido; además si hubiera sido plagiado no me habría escrito espontáneamente una

cariñosa carta desde París, de su puño y letra, para felicitar me por el referido discurso; sin duda era mediocre, pero no "sacado" del de Orrego Luco.

III. Díaz Arrieta inició sus estudios en el Seminario Conciliar de Santiago, donde lo llevó su tío Clemente Díaz Rodríguez, el famoso cura de Maipo, fundador de las Hermanas de la Misericordia, quien como la mayoría del clero del siglo XIX, no obstante su bien ganada fama de santidad, era un entusiasta propagandista del peluconismo, se hizo célebre por sus correrías en épocas de elecciones. El sobrino se retiró del Seminario antes de terminar el primer año de humanidades y no pocas veces fue mordaz para juzgar a obispos y clero, principalmente a algunos jesuitas; volvió al catolicismo convencido de su error y muy lúcido, pocos meses antes de morir.

Del colegio eclesiástico pasó al Instituto Comercial: alguien de su familia que desconocía la precoz vocación literaria del niño, quiso hacerlo contador; luego abandonó el Instituto. Algo semejante me ocurrió, cuando hastiado de los estudios científicos, salí del querido Liceo José V. Lastarria, mientras cursaba cuarto año de humanidades. Un pariente político que era verdadero oráculo de la familia y no veía más allá de su nariz, aconsejó a mis padres y fui matriculado en el Instituto Comercial de la calle Amunátegui donde estuvo Alone, establecimiento que abandoné a los dos meses. A semejanza de Díaz Arrieta, lo único bueno que allí encontré fue el profesor de caligrafía Ramón A. Laval Alvear (1862-1929), humanista, folklorista y calígrafo, individuo de número de esta Academia y tercer secretario perpetuo. A San Agustín, según cuenta en sus "Confesiones", lo obligaron a estudiar lo que no era de su agrado. "Salir de las llamas y caer en las brasas".

IV. En su crítica periodística y en las veinte obras publicadas exaltó los auténticos valores de las letras chilenas, aunque no pocas veces lo cegó la amistad, perdió la independencia que anhelaba y encumbró a quienes no lo merecían, verbigracia a Augusto D'Halmar, Francisco Encina, Oscar Fenner y otros de menor cuantía, pero éstas son excepciones, porque en general derribó de sus pedestales, contruidos sobre arena movediza, a muchos que el mal gusto y la ignorancia habían erigido en ídolos. El sarcasmo, la ironía sutil, las frases lapidarias echaron por tierra muchas ilusiones; sin embargo con certera intuición estimuló a muchos escritores que ávidos de conocer su opinión le enviaban sus libros: a no pocos hizo célebres y raras veces erró.

Azorín ha dicho que el arte es la vida: cuando el artista siente y expresa la vida, llega al más hondo casticismo, aunque su estilo se halle plagado de barbarismos; entonces es un gran prosista o un gran poeta, porque nos da lo supremo que puede producir la prosa o el verso: la emoción.

A propósito del estilo, el novelista argentino Ernesto Sábato piensa: "El estilo es el hombre, el individuo, el único: su manera de ver y sentir

el universo, su manera de 'pensar' la realidad, o sea esa manera de mezclar sus pensamientos a sus emociones y sus sentimientos a su tipo de sensibilidad, a sus prejuicios y manías, a sus tics".

"...Los retóricos consideraban el estilo como ornamento, como un lenguaje festival. Cuando en verdad es la única forma en que un artista puede decir lo que tiene que decir. Y si el resultado es insólito, no es porque el lenguaje lo sea sino porque lo es la manera que tiene ese hombre de ver el mundo"¹.

Alone es un escritor, un si es o no es enigmático y subjetivo, por lo mismo se le discutió mucho, lo que no fue óbice para reconocer unánimemente sus condiciones de artista de la escritura y maestro de la estética. Podía decir con Sainte-Beuve "Lo que he querido en la crítica es introducir dentro de ella una especie de encanto (charme) y al mismo tiempo, mayor realidad que antes; en una palabra, poesía y a la vez fisiología". La formación literaria y el gusto artístico de nuestro crítico estaba en la literatura francesa; leía, generalmente, libros en lengua gala. Lo más importante y mejor de una obra literaria para Alone era la forma. Él con la magia de su estilo auténtico logra convertir la escritura en una verdadera orfebrería de palabras y frases, cuyo fondo es la sencillez, simplicidad y espontánea lección de estética práctica que emerge de su prosa ágil y transparente. "El que labra la forma —explica Díaz Arrieta— está en realidad labrando el fondo". Sus crónicas y obras podrán producir escozor, enojo, pero nunca hastío; ellas mueven, excitan, estimulan, cautivan, distraen, el más exigente las lee en un santiamén, entretienen aunque no se esté de acuerdo con su pensamiento. Esto acaece aún con la lectura de su libro "La Batalla Política", porque en él, como en todos, consigue el objetivo que se propone todo artista en la creación de su obra: deleitar. En uno de sus mejores libros, de muy pocas páginas, con sabiduría, realiza un breviario de estética literaria. Alone, a modo de confidencia, sin pretensiones, cuenta cómo aprendió a escribir en estas páginas primorosas que sólo puede producir un diestro malabarista del idioma como Díaz Arrieta. Él está en el secreto de la mixtura artística que ha hecho el crítico y ensayista para lograr un dominio tan perfecto, cabal y maravilloso de la forma. Temía que se descargara sobre él la ira de los profesores adocenados y el desdén de los críticos.

Ya he dicho que Alone es autodidacto, él confiesa que cursó primer año de humanidades, pero no rindió exámenes, y después caminó solo "tanteando, ensayando". Aquí está el secreto del aprendizaje literario de nuestro inolvidable amigo y colega de ayer; aunque se obtengan todos los títulos en la enseñanza secundaria y universitaria, para escribir bien no hay mejor escuela, ni maestro más experimentado que el propio

¹Sábato, Ernesto. *El escritor y sus fantasmas*. Ed. Seix Barral. Argentina, 1983, pp. 158-159.

esfuerzo, la firmeza y perseverancia en leer y escribir son las llaves del triunfo en la vida literaria. Si hay vocación y dotes intelectuales, lo mismo se logrará con humanidades o sin ellas, lo que de ninguna manera significa desconocer la parte que estas disciplinas tienen en la formación del escritor, máxime las genuinas humanidades, cuyo fundamento era el latín, neciamente despreciado, aun por antiguos académicos de renombre de esta Corporación, como Miguel Luis Amunátegui Aldunate que lo suprimió de la enseñanza porque tenía olor a sacristía; sin embargo, al idioma del Lacio debía su saber lingüístico que le permitió escribir sobre ortografía.

Alone era discípulo de Maupassant: “no hay maestro de literatura semejante —dice—. Vale por todo un curso, es un verdadero tratado de retórica práctica”. “Pero aprender a escribir es una tarea que no concluye jamás, con frecuencia ese régimen razonable no me basta; mas nadie aprende a escribir por libro”, y nuestro autor insiste que cuando tiene algo en la cabeza que decir “Maupassant no le sirve y empieza a escribir sin saber donde va”. “Si la persona tiene disposiciones y aptitudes para las bellas letras, llegará a ser maestro de la forma mediante el ejercicio: escribiendo se aprende a escribir. Desengáñese —dice Alone— no hay más profesor que uno mismo”. A los aprendices de literatura el autor les aconseja cambiar. Es cierto que en la variedad está el gusto; hay que dar vigor, movimiento y soltura a la frase, leer, releer, pulir y volver a pulir, de lo contrario se cae en la monotonía y la lectura se torna insoportable, soporífera.

El crítico defiende a la gente del oficio y no es difícil encontrar por ahí su retrato: “Sainte-Beuve no se casó” —afirma Alone— “Ni en amor, ni en ideas quiso enajenar su independencia”. “Un crítico —escribe a propósito de Jules Janin— no debe tener demasiados amigos, ni relaciones sociales, ni debe ser sujeto a conveniencias de cualquier clase. Sin embargo para ser precisamente unos corsarios, como se pretende, necesitamos navegar por todos los mares y saludar a todos los demás barcos, pero desde lejos”.

“Nada pues, de partido, ni secta, ni gremio, ni círculo o atadura de cualquier especie. Ningún elemento que haga pensar: ‘ya sé lo que va a decir’. ‘El crítico debe ser un hombre independiente, una fortaleza inexpugnable’ ”².

V. Por este método, Hernán Díaz Arrieta llegó a ser uno de los cuatro grandes de las letras chilenas de este siglo. Junto a él están: Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Pedro Prado, aunque Alone en su obra “Los Cuatro Grandes de la Literatura Chilena” coloca a Augusto D’Halmar, creo que éste con sus novelas morbosas, preciosistas y hasta relamidas,

²Alone. *Aprender a Escribir*. Ed. Universitaria. Santiago, Chile, 1959, pp. 22-23.

no tiene la fuerza y resistencia que le permitan elevarse a la cumbre que lo sitúa Díaz Arrieta.

Es evidente que Alone es un crítico singular, sui generis, no hay en Chile ni en Hispanoamérica otro semejante; desde luego opinaba sin haber leído íntegra la obra. En una de las sesiones de esta Academia, a las cuales solía concurrir nuestro recordado amigo, le manifesté que había recibido de la editorial su obra "Memorialistas Chilenos", pero que aún no escribía sobre ella porque no la había leído íntegra. De inmediato me contestó con su habitual picardía: "¿Y usted necesita leer todo el libro para escribir?". Alone no era un crítico científico, sino indeterminado, interpretativo, pensaba que no hace falta leer las obras de pe a pa para emitir un juicio sobre ellas; si en la lectura de un libro sólo deseamos deleitarnos con la forma, quizás sería suficiente leer algunas páginas, mas si queremos conocer su contenido ideológico, es peligroso leer uno o dos capítulos. Alone lee por gusto, porque le causa placer. "Nada de sacrificio —confiesa— ni consagración a una noble tarea, a una elevada misión. Es que me gusta. Por eso he leído sin plan, y por eso también cuando un libro me aburre, lo dejo, digo que lo he dejado, señalo la página, explico la causa. Así como los buenos libros son mi deleite, los libros malos no lo son; son mis enemigos personales, bestias, animales, demonios, que se quitan la única realidad de esta única existencia que tenemos, el placer". Aunque sea opinión de Alone, a quien admiro, no pasa de ser una perogrullada. Si todos pensarán como él, no habría hombres de ciencia, ni profesionales.

Es evidente que la crítica no puede ni debe ajustarse a determinado y rígido canon: un escritor de buen gusto con imaginación, pero objetivo y ecuánime, no tan dado al impresionismo ni a la fantasía, sería el crítico ideal, pero como afirmaba acertadamente Ricardo A. Latcham: "éste no existe". "La crítica en el fondo es el crítico" decía Díaz Arrieta, pero si es excesivamente subjetiva hay el peligro de que la crítica se convierta en panegírico o diatriba.

VI. Como tantas cosas en la vida humana, el arte de escribir es un misterio, muchas veces ni los mismos literatos logran explicarse cómo concibieron esas páginas tan hermosas en prosa o verso. Es imposible que un artista de la pluma pueda fijar horas para producir. Con razón Hernán Díaz Arrieta no concibe cómo hay hombres o mujeres de letras que dicen: "trabajo sistemáticamente de seis de la mañana a dos de la tarde, todos los días menos sábados y domingos". Esto puede hacerlo un investigador a la manera de Luis Montt y José Toribio Medina o un burócrata. Para escribir no hay día ni hora, el cerebro es una máquina caprichosa que no siempre funciona cuando uno quiere, se escribe en cualquier momento y lugar; hay quienes lo hacen en la noche cuando conciben una idea o frase feliz.

Pulir la forma es tarea larga, complicada, seria y nada fácil, un verdadero rompecabezas que puede durar toda la vida.

La belleza está en la sencillez y simplicidad, en lo espontáneo, la afectación es la ruina del escritor, el refinamiento adocenado lo anula. A muchos tortura el asunto del fondo o de la forma, que en realidad no existe; como cree Alone "el propio hombre pensante, espectador de sí mismo en ese momento automático, fatalmente las ideas se revisten de palabras, y cosa aún más cargada de inconsecuencias, las palabras, poco a poco, por un proceso lento empiezan a llenarse de sentido. Escribir bien es sólo hallar la relación entre lo que se quiere y lo que se puede".

VII. Ya es necesario recordar otras obras de Alone, porque todas sería imposible en un estudio como éste.

Uno de sus mejores libros, donde él aparece más auténtico y no habría necesitado nombre de autor, es la "Historia Personal de la Literatura Chilena", en cuyas páginas sólo enjuicia a los hombres de letras de indiscutida notoriedad; de éstos faltan muy pocos y no sobra ninguno. Tomo grande, macizo, con ostentosa portada en la cual aparece la imagen del autor con su ancha frente, mirada inteligente y enigmática. El título revela el contenido del volumen, subjetivo, impresionista y personalísimo, como toda la producción de Alone. Al referirse a la literatura del siglo xx, dice "que los libros se nos presentan como las personas, envueltos en fluidos misteriosos, algunos repelentes, otros fascinadores, éste lleno de amistad, aquél hostil, pesado, duro ¿Por qué? Cualquier razón torna al punto de partida. Porque tienen cara, porque tienen alma; porque son parecidos o diferentes"³. Éste de Díaz Arrieta es inconfundible, fascinante, no puede ser de otro sino de él. En la "Historia Personal de la Literatura Chilena", el autor da una ojeada general a la literatura colonial y a la del siglo xix; después publicó un Diccionario de Autores, y finalmente la antología de poetas y prosistas del siglo xx. El Prólogo es un excelente resumen de las letras nacionales. Aquí comienza Alone a burlarse de la Historia y de los historiadores, lo que no era óbice para darles su voto cuando ellos, sin ningún mérito literario o lingüístico, eran propuestos para ocupar un sillón en esta Academia.

Díaz Arrieta tiene sus genialidades, es el "homo ludens" de nuestras letras. Ya evocaré algunas al referirme a su labor en esta Corporación.

Su apreciación de la literatura colonial está hecha con peso y medida; el Padre Ovalle y Pineda Bascuñán son los únicos artistas de que puede gloriarse Chile en los siglos xvi, xvii y xviii. Cuando elogia Alone al Padre Ovalle, vuelve a reírse de los historiadores desprovistos de la sensibilidad artística que poseía el jesuita.

³Alone. *Historia Personal de la Literatura Chilena*. Ed. Zig-Zag. Santiago, Chile, 1962, pp. 228.

Respecto al siglo XVIII, piensa con acierto que para “hallar algo apreciable en ese período es preciso recorrer una planicie lisa e inclinarse mucho, con ojos benévolos”. Justo, ni más ni menos; el siglo XVIII es nulo para la literatura nacional: Molina y Lacunza son las únicas lumbreras, pero más fueron hombres de ciencia que artistas de la pluma. Aquí para explicar la decadencia, como a través de todo el libro, Alone invoca el testimonio de Francisco Encina, éste es su Evangelio, su oráculo, sicut dixit, en todo lo que desea probar recurre al infalible intérprete de nuestra historia, a quien ningún historiador auténtico toma en serio; página a página aparece su nombre, lo cual resulta insoportable. Reconozco el ingenio de Encina, su amenidad y poderosa inventiva, que no deben confundirse con un historiador bien documentado, perspicaz, certero y grato como Sergio Villalobos Rivera, verbigracia. Nuestro crítico tiene mucho ingenio y no necesita de la opinión muchas veces errada de otros, que por muy inteligentes que sean desconocen la literatura chilena creativa.

En el período de la Independencia que Alone define como “la noche cerebral”, se detiene demasiado en Camilo Henríquez, cuyos méritos literarios desconozco, o “casi nulos” como dice el autor, ciertamente carecería en absoluto de ellos; como periodista era ramplón, enciclopedista, su único mérito es haber sido entusiasta partidario de la Independencia cuando muy pocos lo eran en 1810, y director de la “Aurora de Chile”, primer periódico chileno, fundado por José Miguel Carrera. Alone dedica nueve páginas a Camilo Henríquez: con una o dos era suficiente.

La opinión del crítico acerca de la literatura decimonona es otro de sus buenos aciertos; menciona sólo a ocho escritores y se entusiasma con cuatro: Andrés Bello, Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales y Alberto Blest Gana, de este último escribió una exhaustiva biografía donde estudia seriamente sus novelas. Buscar otras sería pretender grandeza y opulencia donde no la hay, vicio muy chileno por lo demás, en el que aquí no incurre Alone. De los cuatro me parecen inobjectables Andrés Bello y Vicente Pérez Rosales; los otros dos como maestros de literatura no me convencen. Alone reconoce que Vicuña Mackenna “no era” ¿qué vamos a hacerle?⁴

“El gran peligro que asecha a estas historias de pequeños países consiste en creer las historias de países grandes”⁵.

La semblanza de José V. Lastarria es impagable, deliciosa, vale por todas las de este período, tiene frases tan ingeniosas y antitéticas como ésta: “su soberbia —la de Lastarria— llega hasta la humildad”⁶. Al refe-

⁴Id., p. 165.

⁵Id., p. 111.

⁶Id., p. 174.

rirse a la pasión sectaria del escritor piensa que "la dura experiencia de la vida nos enseña que hay momentos en los cuales, por sus actitudes torpes e incontroladas, los hombres apasionados, dominantes y absorbentes parecen locos"⁷.

De nuevo el autor carga la mano implacable a los historiadores, se ensaña con Miguel Luis Amunátegui Aldunate y Diego Barros Arana, de quienes parece haber leído muy pocas páginas porque el segundo es sin duda el padre de nuestra Historia: lo plagió Encina y dio gloria a este intérprete de la historia; Barros Arana no es el historiador soporífero ni cosa parecida, tiene páginas gratas, siempre bien documentado y sus oraciones se ajustan a la sintaxis; su gran defecto es mirar de reojo todo lo eclesiástico, aunque nunca he leído mejor biografía del primer Arzobispo de Santiago Manuel Vicuña que la escrita por Barros Arana en su "Historia Jeneral"; de Amunátegui Aldunate podría decirse algo semejante. De la pluma cáustica de Alone sólo se salvan Ramón Sotomayor Valdés, Crescente Errázuriz Valdivieso, pero sólo con su libro "Algo de lo que he visto", que es el único quizás que ha leído Alone de este autor, y, el último, Gonzalo Bulnes Pinto, de cuya obra hace, con razón, un merecido elogio; en realidad estos tres son los únicos historiadores de escritura agradable y serena.

VIII. En lo que respecta al "Diccionario de Autores", Alone es disparate, desigual y también algo desordenado. De los que son de su agrado enuncia toda la bibliografía y de otros con los cuales no simpatiza, menciona dos o tres. Mejor título para esta parte de la "Historia Personal" habría sido: Retratos o bosquejos biográficos. En general los autores que aparecen son figuras irreprochables. Sobran algunas ¿qué hace en esta Historia aunque sea muy "Personal" de nuestra literatura, Valentín Brandau? a quien D. Samuel A. Lillo apodó "D. Valentín Valentón", campeón de peso pesado de nuestras letras. Alone en cierto modo se contradice, porque piensa que Brandau no tenía lectores ¡Cómo iba a tenerlos, cuando sus estudios sobre cuestiones sociales y económicas pasadas de moda, anquilosadas, son tan aburridores! Lo mejor que he leído de Brandau es el "Elogio de Pedro Prado", sin duda excelente; fue el discurso con que se incorporó a esta Academia a la que llegó por arte de birlibirloque.

En cambio están ausentes de este Diccionario personalidades literarias de renombre tales como Augusto Orrego Luco, Salvador Reyes, Ester Huneeus (Marcela Paz), Juvencio Valle y Miguel Arteche.

En las semblanzas no hay proporción: dedica cuatro o cinco líneas a escritores que tuvieron grande importancia en la literatura y en cambio llena largas páginas con otros de menor cuantía. Ricardo A. Latham,

⁷Id.

merecía un estudio más completo, lo que Alone dice de él es generalmente negativo. Nuestro querido amigo y colega Latcham era autoridad en las letras americanas, certero en sus juicios y casi siempre objetivo; lo perjudicó su excesiva vehemencia y causticidad.

Díaz Arrieta es el primer historiador de nuestra literatura que hace un justo elogio del sacerdote humanista Juan Rafael Salas Errázuriz, celebrado por Marcelino Menéndez y Pelayo y desconocido por nuestros críticos literarios; del injustamente olvidado Juan Agustín Barriga, honra de esta corporación, ático orador académico y parlamentario, y de los dos únicos oradores sagrados del siglo XIX: José Hipólito Salas y Ramón Ángel Jara, el primero de la palabra vibrante, sobria, elegante y castiza, cuyos discursos se leen con agrado en nuestros días; Ramón Ángel Jara, grandilocuente, apasionado, de poca consistencia, hoy la lectura de sus oraciones, salvo algunos períodos, es intolerable; sólo tenía, como Salas, figura imponente, acción espontánea. Los exabruptos de Jara eran oportunos, espontáneos y muy celebrados; sin embargo su escritura verbosa no perdura. Alone olvidó al más elocuente de los oradores del presente siglo, Clovis Montero Cornejo, orfebre de la palabra hablada y escrita, presencia garbosa y a semejanza de los de Jara sus exabruptos eran originalísimos.

IX. La última parte de la obra es una Antología de prosistas y poetas del siglo XX, realizada con auténtico espíritu crítico. En ella no tienen cabida los autores mediocres, el antologista es exigente al máximo; en estas obras es mejor olvidar que incluir a escritores y poetas de segundo orden. Alone tiene omisiones imperdonables; en vano busqué en la Antología a los prosistas: Salvador Reyes, Ester Huneeus y Roque Esteban Scarpa y a los poetas Juvencio Valle y Miguel Arteche, para quienes sobran los adjetivos.

Con todos sus defectos la "Historia Personal de la Literatura Chilena" manifiesta el aticismo del autor, y el libro será una rica cantera donde los futuros historiadores de las letras nacionales encontrarán un excelente material.

X. Hasta la década de 1960, Hernán Díaz Arrieta no escribía generalmente sobre temas de política contingente, al parecer el tema no le interesaba; sin embargo cuando se percató de que Chile avanzaba aceleradamente por el camino tortuoso de las reformas sociales, a fin de incitar a una mejor distribución de las riquezas, hasta esa época en poder de unos pocos adinerados, entonces el crítico literario comenzó a navegar por las aguas turbias de la política. En 1963 inició una serie de artículos políticos en "El Mercurio", y poco después escribió también en la revista ultraderechista "PEC", los que fueron recopilados por el político conservador más intransigente de ese época Sergio Fernández Larraín, académico de la Historia con vehementes deseos de ingresar a la nuestra, sin disimulo, porque así lo manifestó insistentemente a Pedro Lira Ur-

quieta y a mí. Él mismo prologó el libro. "En la Batalla Política", editado en septiembre de 1974, en el aniversario del gobierno de las Fuerzas Armadas.

Es evidente que al tratar asuntos políticos partidistas la pluma de Alone es la misma que ya he recordado, por algo Buffon dijo: "El estilo es el hombre", y aunque sea una frase manida no deja de ser expresiva; al sarcasmo, humorismo y picardía peculiares de Alone "En la Batalla Política" aparece también el polemista. En estas páginas el crítico se ensaña para combatir las reformas políticas y sociales que se iniciaron en el gobierno de Eduardo Frei (1964-1970) y terminaron en el brevísimo del Dr. Salvador Allende (1970-1973). Díaz Arrieta por familia y convicciones poseía mentalidad política social y económica liberal manchesteriana y en sus artículos principalmente ataca las reformas políticas, sociales y económicas promovidas por la doctrina social de la Iglesia, y antes por el socialismo y el comunismo marxista. Las emprende contra el clero y carga la mano a los jesuitas en cuyo templo de San Ignacio celebré sus exequias. La reforma agraria le ponía los pelos de punta. Así lo reitera un artículo como el dedicado al Dr. Salvador Allende, en el cual comenta la obra de Ricardo Boizard: "El último día de Allende".

Prefiero a Alone en la crítica literaria: como periodista político no dice nada nuevo, carecía de experiencia para batirse en las lides partidistas.

XI. Otro libro de Hernán Díaz Arrieta que lo retrata en cuerpo y alma es "Memorialistas Chilenos" (1963), en el que estudia a más de treinta memorialistas desde Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, primer desterrado y perseguido, hasta las "Confesiones Políticas" de René Montero.

Alone olvidó "Los Recuerdos de Gobierno", obra de Arturo Alessandri Palma, muy amena, con evocaciones y anécdotas de grande interés. Alessandri era escritor, tal vez no sería clásico, sin embargo sus obras revelan el temple del hombre genial; pero el académico y ex Presidente de Chile no era santo de la devoción de Alone y no le dio importancia al libro que es infinitamente superior al de tantos que recuerda en "Memorialistas Chilenos", verbigracia a esas pedestres "Memorias de Ochenta Años" de Francisco R. Undurraga, de las cuales Alone se burla sin compasión, aunque en forma discreta y elegante, desde la primera hasta las últimas líneas de las cinco páginas que le dedica; es otra rareza del autor.

En esta obra Alone pasa por el fino tamiz de sus atisbos críticos los recuerdos de un prelado, periodista e historiador, de algunos escritores, políticos, diaristas, diplomáticos y personalidades que actuaron en diversas épocas de la historia de este país.

Al trasluz de estas memorias, Díaz Arrieta descubre en el autor sus atributos y defectos, principalmente de aquellos más escondidos, que se

revelan sólo en nuestras espontáneas confesiones, y las explota para disfrutar de su escritura tan ingeniosa y singular.

Al comentar las Memorias de Abdón Cifuentes, después de transcribir los elogiosos juicios críticos de Alberto Edwards y Rafael Luis Gumucio, sobre el libro, dice: "a pesar de estos dos formidables testimonios que le forman pórtico, las primeras páginas del libro no causan expresión de grandeza ni prometen una lectura apasionada"; renglones más abajo se lee: "todo el capítulo inicial mantiene cierta incertidumbre. Hasta que un rasgo vivo aparece de pronto y nos pone en contacto con la realidad humana, directa, rigurosamente".

Ríe sin compasión de "Espejo del Pasado", del querido e inolvidable Samuel A. Lillo, bondadoso maestro que en el Ateneo de Santiago y en su cátedra de literatura chilena en el Instituto Pedagógico, creada por él, y en el Nacional, estimuló a tantos jóvenes aficionados a las letras, que después fueron notables escritores y poetas, con premios nacionales de literatura, verbigracia Julio Barrenechea, también académico; pero Alone siempre desdeñó la obra de Lillo.

Leí íntegro "Memorialistas Chilenos" y me aconteció lo mismo que a Alone con "Yo soy tú" de Coke y con las "Memorias de un Tolstoyano" de Santiván, "no supe de hora, del tiempo ni de nada"⁸. Un libro como éste es algo mágico "que suprime el tiempo, hace mirar con temor la última página, porque allí termina nuestra alegría"⁹.

Obras como éstas incitan a la lectura, poseen corriente de simpatía seductora y satisfacen plenamente a los espíritus más exigentes en estética literaria. Su misma mordacidad maliciosa, sutil y no pocas veces imperceptible, aun para algunos de los autores zaheridos, tiene por lo mismo una gracia especial, inofensiva. Hernán Díaz Arrieta escribe sin ánimo de herir, sólo quiere entretener a los lectores. Él no concibe la literatura soporífera y la rechaza. Ya he dicho, Díaz Arrieta tiene una inventiva prodigiosa, envidiable, que se transparenta en sus obras, no hay maledicencia sino buen humor.

El crítico busca la sencillez, prefiere al escritor auténtico, espontáneo, agudo, perspicaz, aunque la forma literaria y la sintaxis no sean tan perfectas. Cuando Alone encuentra estas cualidades queda feliz, pero Dios libre al autor si descubre en su prosa amaneramiento, vanidad, orgullo y resentimiento: entonces lo aniquila con una frase lapidaria e ingeniosa y con astuto eufemismo que no todos los autores perciben.

Díaz Arrieta se complace en la lectura de casi todos los libros de recuerdos que comenta en "Memorialistas Chilenos" y a muy pocos lanza

⁸Alone. *Memorialistas Chilenos*. Ed. Zig-Zag. Santiago, Chile, 1960, p. 246.

⁹Id., p. 227.

sus dardos mortíferos. En este volumen, Alone ático e irónico logra distraer a los lectores y reafirma su prestigio literario.

XII. La última obra de nuestro autor es "Pretérito Imperfecto", en la cual hay evocaciones personales y retratos de personajes bien delineados por la mano maestra del artista. Sabe soslayar su actuación personal, para no caer en el narcisismo tan común en esta clase de libros.

Ya se conoce la vida de Alone, de manera que basta con ver el contraste que hace entre dos ministros de la Iglesia, diseñados por él: uno se refiere al presbítero Alberto Ugarte y otro al cuarto Arzobispo de Santiago, Juan Ignacio González Eyzaguirre. El primero, después de una actuación quizás poco afortunada, para aquel tiempo, en la Catedral de Santiago, que provocó un conflicto con Italia, "llevó una existencia retirada, y sólo predicaba de tarde en tarde". Alone recuerda en estas Memorias agri-dulces, las elocuentes predicaciones de Ugarte y escribe: "sus salidas siempre ingeniosas, a menudo corrían en todos los comentarios. Sospecho que no le disgustaba enteramente escandalizar un poco a las señoras; una de ellas, demasiado púdica, se quejó al Arzobispo de que el predicador había ofendido, con su lenguaje crudo, la inocencia de su hija. El prelado le pidió informe: tratándose de un caso concreto y una frase precisa. Monseñor —replicó don Alberto— dice el Evangelio que cuando el ángel anunció a María que concebiría un hijo, ella repuso que cómo podía ser si no había conocido varón". "La Virgen con ser la Santísima Virgen sabía, pues, a qué atenerse. Yo creo que si las niñas de Santiago se escandalizan, no es porque sean más puras que Ella, sino porque son tontas"¹⁰. Era la época en que las mujeres católicas por causa de la ignorancia religiosa confundían la virtud con la mojigatería. Enseguida el autor rememora una entrevista suya con el Arzobispo González Eyzaguirre, y cuenta que después de haber sido exonerado de "La Unión" fue a ver al metropolitano: "Habitaba una casa grande, modestísima, en la calle Catedral, frente al monasterio de los Capuchinos. Me recibió sin dificultad ni ceremonia. Le expliqué el asunto, le mostré el cuerpo del delito. Trabajo perdido. No vio, no leyó, no entendió nada. Apenas respondió con medias palabras; arreglándose la sotana sobre los pies, se miraba la punta de los zapatos". Intervino mucha gente que tenía influencia en favor de Alone, pero como éste dice: "Era sabido que cuando Monseñor ladeaba la cabeza y bajaba los ojos, convirtiéndose en la imagen de la más perfecta humildad, no había fuerza humana capaz de moverlo"¹¹. Cuando niño vi al Arzobispo González Eyzaguirre en el Seminario, siempre con la cabeza ladeada...

XIII. El amigo de la soledad viajó a Europa, estuvo en Nápoles, se

¹⁰ Alone *Pretérito Imperfecto*. Ed. Nascimento, Santiago, Chile, 1976, p. 107.

¹¹ Id., pp. 111-112.

hospedó en casa de Gabriela Mistral a la que contribuyó a exaltar para otorgarle el sitio de honor que merecía en la literatura nacional e hispanoamericana. Fuera de su patria sentía nostalgia del terruño. En abril de 1951 fue a México para participar, con algunos de nosotros, en el primer Congreso de Academias de la Lengua Española, del cual aquí en Chile escribió humorísticamente crónicas. En una, a propósito de nuestra llegada al caluroso aeropuerto de Panamá, dice: "Panamá presencié, además, una metamorfosis. El capellán de la expedición desapareció por una puerta que, momentos más tarde abrió paso a una especie de muchacho todo de negro hasta los pies vestido y que nervioso, no muy seguro, fue a treparse en uno de los altos pisos frente al mesón del bar. El Pbro. señor Araneda acababa de abandonar, por vez primera, la sotana que veinte años atrás le había impuesto, en un día como ese, exactamente, monseñor Subercaseaux. Él mismo notó la coincidencia y el impensado modo que había tenido de celebrar un aniversario"¹²

El solitario pasaba horas entretenido en la tertulia de Dolores Echeverría Carvallo, grande admiradora, como muchas otras mujeres de la época, de Díaz Arrieta, quien presidía esas reuniones literarias a las cuales él invitaba a sus amigas y amigos. Allí estuve una tarde en el cuarto piso del edificio que habitaba íntegro doña Lolo, en la calle Teatinos próxima a Compañía. En la tertulia se comentaba todo lo que sucedía en el país y en el mundo, en el orden literario, religioso, político y social.

Para "huir del mundanal ruido" Alone iba a Buin al castillo de su amigo el arquitecto Alfredo Prat Echaurren, y a la casa de campo de su pariente el musicólogo y simpático sobreviviente del viejo liberalismo manchesteriano y sarcástico ateo, don Luis Arrieta Cañas, a quien también conocí muy íntimamente cuando vivía en Santiago.

Mientras estuve en el Seminario desde 1932 hasta 1938, nunca vi a Alone; una vez ordenado sacerdote tuve también pocas ocasiones de conversar con él. Nuestra amistad se afianzó más tarde: en abril de 1949 ambos fuimos candidatos en oposición para suceder en esta Academia a Luis Orrego Luco. Su fracaso no lo perturbó, porque nunca buscó honores, se limitaba sólo a recibirlos si se los ofrecían. A raíz de las críticas que recibí con motivo de mi prematura elección antes de Díaz Arrieta, éste en una de sus crónicas declaró que ni él ni yo habíamos tenido culpa en lo acaecido. Incorporado en la Academia presenté la candidatura de Alone para suceder a Miguel Cruchaga Tocornal; estaba consciente de que el crítico tenía mejor derecho que yo para ingresar a la Corporación. Fue elegido por inmensa mayoría en la segunda sesión del año 1950. Se incorporó el 30 de julio de 1951, con un discurso en el cual hace un extenso elogio del padre de su antecesor, el político y financista Miguel

¹² *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*. T. XIII, p. 23.

Cruchaga Montt, esto sólo por la afinidad que había entre el padre y el hijo para sufrir la pobreza, y en el ejercicio de la profesión de abogado. Al referirse a su antecesor, Alone afirma: "Es otro carácter el que va a pasar por las mismas pruebas y sufrir alternativas análogas", quiso unir a ambos, al modo de vidas paralelas. Ante el asombro de los académicos, el Director Ricardo Dávila Silva, quien iba a recibirlo en nombre de la Academia, estaba indignado, sorprendido, de que el beneficiario no lo hubiera puesto en antecedentes del tema de su discurso, porque en el suyo ni siquiera aludía a Cruchaga Montt. Sólo quedamos dos testigos de esa espectacular sesión solemne en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Alone aludió muchas veces con picardía a que Cruchaga Tocornal no era escritor con mérito para llegar a la Academia: "Suele pensarse —expresó— que las academias de la Lengua sólo deben admitir en su seno a literatos especializados, más aún a gramáticos y lingüistas, maestros del idioma para formar una especie de consejo técnico. La simple lista de sus miembros a través de la historia muestra una realidad distinta". Alone dio una prueba más de sus excentricidades.

En 1959, muy tarde, recibió el Premio Nacional de Literatura, que por cierto no agregó un codo a su estatura literaria. Nunca le escuché, como a tantos escritores, reclamar el lauro, otorgado no pocas veces por favoritismo.

En 1962 integramos con Alone el jurado para otorgar el codiciado galardón literario; lo dimos a Juan Guzmán Cruchaga. Esta actitud nos valió la injuriosa enemistad de Pablo de Rocka, que buscaba afanosamente el premio desde que se creó, el que por fin obtuvo en 1965.

Desde la incorporación en la Academia en 1952 del actual Director Roque Esteban Scarpa, acordamos llevar a su seno a verdaderos filólogos, lingüistas, gramáticos y escritores genuinos; sin embargo en una ocasión, Díaz Arrieta votó por su amigo Fenner para premiar su "Plegaria al Caballo". Este respetable Auditor de Ejército escribía correctamente, pero carecía de una obra que lo hiciera merecedor de las palmas académicas.

Díaz Arrieta concurría a las sesiones de la Corporación de tarde en tarde, no faltaba a las que había elección... En ella no tuvo mucha actividad. Cuando era sólo académico electo recibió a Raúl Silva Castro a petición de éste.

XIV. Díaz Arrieta, como manifestó Ricardo Dávila Silva en ese famoso discurso de recepción en la Academia, "era sereno y ecuánime", raras veces lo vi alterado, quizás sólo en la agria discusión que tuvo en esta Academia con Valentín Brandau a propósito de una elección. Desconocía la envidia, pecado capital de casi todos los gremios. Una vez lo observé rencoroso: se opuso tenazmente a la elección de Mariano Latorre como académico, pidió a sus colegas amigos que no votáramos por el jefe del criollismo, a quien injustamente no le reconocía mérito literario y no lo

perdonó a pesar de las explicaciones de Latorre, porque éste lo había ofendido. Una tarde llegó sorpresivamente a la casa parroquial de San Francisco Solano, donde según algunos, se preparaban las elecciones académicas, a decirme que si era su amigo no votara por Latorre. Le manifesté que podía tratarse de un chisme; entonces sacó del bolsillo un papel firmado por Latorre que confirmaba las palabras del ofendido. Ciertamente era soez e injurioso. Latorre no fue electo.

XV. Mucho más podría hablar de Alone, sin embargo basta para esta ocasión. Antes de terminar, quiero referirme a un punto que si un académico de la Lengua española no lo tratara en un estudio sobre Alone, cometería pecado de omisión. Me refiero al afán del crítico de exaltar la literatura francesa en menoscabo de la española. "En realidad no me gusta nada", repetía con frecuencia, para acometerla contra "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", que quizás nunca leyó íntegro. Dueño era Díaz Arrieta de tener sus preferencias literarias, todos las tenemos, pero "secundum quid", no hay que sobrepasarse en desmedro de otras obras inmortales como el Quijote, verbigracia, retrato acabado de la psicología de un pueblo representado por dos figuras con las cuales nos encontramos a cada paso y que como creación son insustituibles. Ningún novelista del mundo ha concebido hasta hoy personajes tan auténticos, tan singulares, atrayentes y representativos de la mentalidad de la gente de origen hispano.

Cervantes es un genio, un artista, mas, como toda obra humana, el Quijote tiene también algunas páginas pesadas cuya lectura es tediosa ¿caso fueron éstas las únicas páginas que leyó Alone?; pero éstas no menguan un ápice el conjunto de una obra típica, inimitable, que por algo es clásica, está siempre de actualidad, no tiene par en la literatura universal. Nadie que haya leído íntegro el Quijote se atrevería a negar su singular comicidad, representativa del humano ingenio.

Alone pasó sus últimos años achacoso, pero lúcido, y murió el 24 de enero de 1984.

A petición de su familia presidí la Eucaristía de sus exequias efectuadas en la Iglesia de San Ignacio, donde exalté la personalidad del maestro que estimuló mi vocación literaria.